

Aflicción de tal tamaño duró el espacio de tres días que fueron para la Santísima Virgen de mortales angustias: pero al fin el cielo parece inclinarse á sus repetidos ruegos, y la que de tal modo había padecido iba á tener un momento de celestiales consuelos encontrando á Aquel por cuya vista suspiraba. ¡Era el tercer día de la pérdida de Jesús y del cruel martirio de su Madre! María acompañada de José, el cual por su parte también sufría cruelmente, habían corrido toda Jerusalén, pero ningún resultado habían dado sus pesquisas. Por último se dirigieron al templo, en uno de cuyos pórticos, donde los israelistas podían congregarse, había varios doctores de la ley, en su mayor parte fariseos, que pasaban por los más entendidos en las escrituras. En medio de ellos se hallaba sentado un bellissimo jóven: sus largos cabellos caían formando rizos sobre sus espaldas, su túnica que formaba graciosos pliegues, caía hasta cubrirle los piés: su hermosura más que humana, su gracia en el decir, la dulzura de su semblante, la profundidad y sabiduría que demostraba en sus palabras, sus maneras no afectadas pero llenas de magestad y la exactitud de sus respuestas á las preguntas que le dirigían, todo contribuía á tener como encantados no solo á los doctores, sino á los muchos que habían formado círculo á su rededor, y que no podían menos de maravillarse al descubrir tanta sabiduría en un jóven de doce años, y todos se preguntaban: ¿Quién es este niño tan lleno de sabiduría? María y José penetran en el pórtico, y se dirigen al grupo, se abren paso deseosos de registrarlo por si encontraban el que era objeto de sus ardientes deseos, y vieron al divino jóven. Oigamos como el Evangelio nos refiere este suceso:

«Los padres de Jesús iban todos los años á Jerusalén en el día solemne de la Pascua.

»Y cuando tuvo doce años, subieron ellos á Jerusalén según la costumbre del día de la fiesta.

»Y acabados los días cuando se volvían, se quedó el niño Jesús en Jerusalén sin que sus Padres lo advirtiesen.

»Y creyendo que él estaba con los de la comitiva, anduvieron camino de un día, y le buscaban entre los parientes y los conocidos.

»Y como no le hallasen se volvieron á Jerusalén buscándole.

»Y aconteció que tres días después, le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles.

»Y se pasaban todos los que le oían, de su inteligencia y de sus respuestas.

»Y cuando le vieron se maravillaron. Y le dijo su Madre: Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Mira como tu padre y yo, angustiados te buscábamos.

»Y les respondió: ¿Para qué me buscábais? ¿No sabiais, que me conviene estar en las cosas que son de mi Padre?

»Mas ellos no entendieron las palabras que les habló.

»Y descendió con ellos y vino á Nazareth: y estaba sujeto á ellos.

»Y su Madre guardaba todas estas cosas en su corazón.

»Y Jesús crecía en sabiduría y en edad, y en gracia delante de Dios y de los hombres.¹»

A la manera pues que había sido grande y extraordinario el dolor de la Santísima Virgen por la pérdida del Hijo de sus entrañas, fué también indecible el gozo que experimentó al verle radiante de hermosura y derramando por sus labios un torrente de sabiduría divina. Jesús estaba inau-

¹ Luc. II, 41-52.

gurando la grande obra de regeneracion á que mas tarde se habia de dedicar. Multitud de israelitas le escucharon cuando argüia con los doctores y esplicaba los mas oscuros pasajes de la Escritura; pero no obstante de que no podian menos de maravillarse, á ninguno se les ocurrió pensar si aquel Niño seria el Mesías anunciado en tantas profecías, cuyo sentido se gloriaban de comprender aquellos orgullosos doctores cuyos ojos estaban cubiertos con un tupido velo. Si aquellos maestros de la ley, hubiesen sido verdaderos sábios, hubiesen obrado con mas prudencia. La sabiduría que Jesus demostró en sus respuestas no era propia de un jóven de doce años por mas que hubiese sido dotado de un talento superior y se hubiese educado al lado de los mas espertos maestros. Debieron pues investigar quien era aquel jóven tan superior á todos los demas, informarse de quienes eran sus padres, y cual era el nombre del afortunado maestro que tenia la gloria de haber tenido discípulo tan aventajado. Entonces hubieran descubierto que no habia tenido maestro alguno en la tierra y que por consiguiente su sabiduría era divina: tal vez hubiesen descubierto los secretos de su nacimiento, los prodigios que le acompañaron, y abriendo sus ojos á la luz de la verdad, hubiesen reconocido en él, aquel por cuya venida, tantas súplicas dirigian al cielo.

Pero en vano hacemos reflexiones. Los designios de la eterna sabiduría habian de cumplirse: *En el mundo que fué hecho por él, estaba y el mundo no le conoció: vino á los suyos y no le recibieron*¹. Empero abandonemos por ahora á aquel pueblo cuya malicia y mala fe les habia de condu-

¹ In mundo erat, et mundus per ipsum factus est, et mundus eum non cognovit. In propria venit, et sui eum non receperunt. Joan I, 10 y 11.

cir mas tarde hasta el máximo entre los delitos, y fijemos la consideracion en la respuesta que dá el Salvador á la Santísima Madre, cuando esta le dirige la amorosa queja que hemos visto en el sagrado testo: *¿Para qué me buscábais? ¿No sabiais que me conviene estar en las cosas que son de mi Padre?* Aquí vemos como esconderse la naturaleza humana y aparecer la divina: esconderse el hombre y presentarse el Dios. El mundo estaba envuelto en las tinieblas de la ignorancia; la supersticion y la idolatría eran el culto de la mayor parte de los hombres, y aun la porcion escogida depositaria de las promesas, y que adoraba al verdadero Dios, se apartaba de los caminos rectos: los reputados por mas sábios entre los maestros, y que mas versados eran en los libros santos no comprendian que era llegado el tiempo del cumplimiento de las Profecías. Obra pues era del Eterno Padre, que el Salvador empezase á cumplir su mision divina, y dejase entrever un rayo de aquella luz divina y refulgente que diez y ocho años despues habia de estenderse sobre la tierra para iluminar á los hombres y echar por tierra la supersticion y la idolatría. Sin embargo María y José no entendieron por entonces la respuesta del Salvador.

Llama la atencion á primera vista la observacion del Evangelio sobre la no inteligencia de María y José acerca de la respuesta de Jesus. ¿No estaba dotada la Santísima Virgen de una razon sobrenatural? ¿No comprendia perfectamente su divinidad? Claro es que para ella, era una evidencia el Misterio de la Encarnacion, y no podia tampoco haber olvidado los grandes testimonios demostrados en el pesebre, en casa de Isabel y en el templo. Sin embargo, no entiende las palabras de Jesus. No debe esto entenderse de un modo absoluto. María sabia que su cabeza era el centro de la divina sabiduría, y conocia la sublime mision que

mas tarde habia de desempeñar entre los hombres. Lo que no comprende es por que tan presto y cuando tantos años faltaban para que empezase la carrera de su predicacion, se manifiesta como repentinamente maestro del mundo.

No resistimos al deseo de transcribir una reflexion honorisima para María que hace Augusto Nicolás, fundándose en doctrina de un escritor mas antiguo y no menos docto que él. «Verdad es, que la espresion del Evangelio: *Y no comprendieron lo que decia*, no guarda miramiento, es humillante para María; pero esta misma humillacion la eleva á nuestros ojos, cuando notamos con Grocio, que la misma María es la autora de esta narracion por la pluma de San Lucas. María único testigo que sobrevivía de estas cosas que habia ella *conservado en su corazon*, segun dice este Evangelista, es la única que pudo dictársela, señaladamente en lo relativo á este pasaje que le es absolutamente personal. María es por lo tanto la que con la perfecta sencillez y humildad de su alma, viene á decir al mundo que ella y José, de quien no se separa, no comprendieron la respuesta de Jesús. Humildad profunda que la ensalza tanto como ella se humilla y que la recomienda á nuestra admiracion mucho mas que la inteligencia mas penetrante del misterio que adora ella sin comprenderlo.

Digo que adora sin comprenderlo y esto es lo que acaba de transfigurar este rasgo del alma de María. Con efecto, despues de haber dicho: *No comprendieron lo que les decia*, añade el Evangelista: *Y su Madre guardaba todas estas cosas en su corazon*. Sentado esto, no tenemos ya por que preocuparnos de lo que puede haber de humillante para María en no comprender las palabras y el proceder de su Hijo. Tomemos esto á la letra; no rebajemos nada: María no comprendió; demos que así sea; pero guardó en su corazon lo

que no comprendia; no fué curiosa, pero fué tanto mas sumisa: no fué sábia, pero fué tanto mas creyente. De este modo todo es edificante y admirable en la conducta de María, la fidelidad de su corazon en la prueba de su inteligencia y su humildad en la ingenua confesion que de ella nos hace¹.

No concluiremos sin fijar la vista en las espresiones con que el Evangelista nos dá cuenta de la sumision de Jesús á María y José: *Y estaba sujeto á ellos*. Aqui se descubre no solamente la humildad profundisima del Dios hecho hombre que obedece á sus Padres, no obstante ser criaturas mortales que á él debieran su existencia, sino tambien el alto honor que resulta á la Virgen Madre y á su Esposo, de que Jesucristo Dios y hombre viviese como sujeto y subordinado á ellos. Leccion sublime cuyo estudio utilísimo en todos tiempos, es hoy de una gran necesidad. Cuando corriendo los hombres tras una independenciam absoluta de toda ley divina y humana, resisten á toda autoridad: cuando se pretende arrastrar á la sociedad á una anarquía moral y política de funestos resultados, proclamándose la absoluta independenciam del hombre, llamar podemos la atencion de los sectarios de las nuevas doctrinas á las palabras del Evangelio de las que nos venimos ocupando: *Et erat subditus illis*. A las autoridades establecidas por Dios en la tierra se debe respeto y obediencia, y no hay entre todas ellas una mas inmediata y á la que se deba mayor respeto y veneracion que es la autoridad paterna. Jesucristo era Dios y no obstante ser su poder tan absoluto vive obediente y subordinado á la que es su Madre segun la carne y á su Padre representativo. Ejemplo digno de imitacion y que llena de

1 Obra citada. Cap. XVI.

confusion y de vergüenza á los hijos desnaturalizados que no queriendo mas regla de conducta que las veleidades del corazon, y resistiendo todo yugo de subordinacion, menosprecian la autoridad paterna. Cuando en un siglo de escepticismo como el que atravesamos, vemos que las leyes son burladas, que los vasallos conspiran contra el trono de sus monarcas, que los hijos solo aspiran á sustraerse de la autoridad de unos padres á quienes ni aman ni respetan, y cuyas necesidades miran despues con la mayor indiferencia: cuando vemos que á través de una ilustracion quimérica van dejando de existir los vínculos de las familias, que no se halla dignidad en el individuo, que el reinado del *yo* se sobrepone á todo respeto, á toda consideracion, á toda autoridad, es oportuno fijar la consideracion en el sublime ejemplo de Jesucristo subordinado en cuanto hombre á su Madre y á José. ¡Oh! Que si el Evangelio fuese la lectura diaria en el seno de las familias, si los padres dirigiesen á sus hijos desde su infancia por los preceptos y consejos consignados en tan admirable código, otro seria el porvenir de las sociedades.

CAPITULO XII.

De la muerte del bendito Esposo de María, el Patriarca San José.

La Virgen Madre poseia de nuevo el precioso tesoro, cuya pérdida habia llorado amargamente por espacio de tres dias, y daba gracias al Eterno Padre porque apiadándose de ella, la habia llenado de consuelo, devolviéndole al que formaba sus dichas, y era el encanto de sus dias, la luz de sus ojos y el bálsamo consolador de sus maternales angustias. De nuevo en Nazareth, aquella familia modelo, siguieron el mismo orden de vida que antes habian observado. Aseguran los historiadores que San José siguió trabajando en su oficio de carpintero, mientras que María cuidaba asiduamente de Jesus y de su esposo, cumpliendo exactamente los deberes de buena Madre de familia. El bello jóven, cuya voz hacia estremecer la tierra y conmovia los robustos cedros del Libano, trabajaba tambien, ayudando en sus tareas á su Padre representativo.

Nada singular ni extraordinario se observa en la humilde morada de Belen: allí donde reside el que reina sobre los reyes de la tierra, no hay fausto ni grandeza, y María cuya humildad no tiene semejante, María que no apetece honras ni distinciones mundanas y cuya única gloria la cifra en vivir al lado de su divino Hijo, norte de todas sus acciones, en escuchar sus palabras de vida eterna, y en emplearse en su servicio, vive mas llena de gozo y mas contenta y tranquila que pueden estarlo los grandes y potentados de